

# Llivia, una lágrima en la Cerdaña

## ***Llivia, una lágrima en la Cerdaña***

El sargento Alonso Urquiza se pasó la mano por la frente, se llevó los dedos a la boca intentando humedecer sus labios y supo que el sudor de aquel día tenía el sabor de la derrota. El 14 de junio de 1658, al final de una penosa marcha de varios días en la que había sentido como nunca el peso de las armas y la falta de agua, se encontraba con su regimiento defendiendo una duna débilmente fortificada de una playa cercana a Dunquerque. A la izquierda estaban los dos mil infantes ingleses dirigidos por el Duque de York y los batallones alemanes y valones del Marqués de Caracena, y aún más a la izquierda, cerrando el flanco, la caballería mandada por el Príncipe Luís de Condé. En total sumaban catorce mil hombres entre la playa y el canal de Furnes al mando de Don Juan José de Austria, gobernador de Flandes, para enfrentarse al ejército francés y sus aliados ingleses, conducidos por el vizconde de Turenne, que habían sitiado unos días antes la fortaleza española más importante de Flandes.

Tras una marcha angustiosa, el ejército de Don Juan José de Austria se había detenido cerca de Dunquerque. Algunos oficiales tuvieron entonces la sensación de que se estaba perdiendo un tiempo precioso. Cuando a las ocho de la mañana el ejército enemigo salió al encuentro de las fuerzas españolas y la infantería inglesa al mando de Lord Lockart se lanzó contra las posiciones defendidas por los tercios de Flandes muchos pensaron que la indecisión para continuar el avance sería decisiva, entre ellos, el sargento Alonso Urquiza, que, por otro lado, también estaba convencido de que no era hora de lamentaciones. A su orden, los arcabuceros comenzaron a disparar con precisión causando muchas bajas entre los atacantes, pero estos consiguieron llegar a lo más alto de la duna entablado un durísimo combate cuerpo a cuerpo. No era la primera vez que Alonso Urquiza sentía el acerado filo de las picas enemigas cerca de su mejilla. Se limpió la sangre de la cara en la manga de su camisola, se aferró con fuerza a su alabarda, ordenó que los soldados caídos en las primeras filas fuesen sustituidos por soldados de las filas siguientes y, con los piqueros, consiguió mantener el orden de la formación. Por segunda vez en pocos minutos los españoles habían rechazado el ataque enemigo.

Una lluvia de arena fina cayó sobre la posición defensiva. El enemigo había comenzado a batir la duna con fuego de artillería. Restregándose los ojos sucios por el sudor y por la arena, jadeando, Urquiza contempló por unos instantes la playa que se había formado a la derecha de las tropas españolas al bajar la marea. La lengua de arena tenía unos ochocientos metros de ancho. Lanzó una mirada al mar

siguiendo la línea de las olas al romper y vio una enorme mancha avanzar por la playa hacia ellos. Era la caballería enemiga. Una nueva descarga de artillería sonó más grave e intensa. Al disiparse la nube de polvo se distinguió la figura de tres buques ingleses. No pudo más que maldecir mientras continuaba arengando a sus hombres, se acercó a los labios el amuleto que colgaba de su cuello, un viejo medallón de nácar con la Cruz de Borgoña en relieve, lo besó como si fuese la única protección posible, lanzó un juramento contra los enemigos, y se dijo que la suerte estaba echada.

La caballería francesa al mando del Marqués de Castelnau avanzó por la playa y atacó el flanco desguarnecido del ejército español. Los piqueros y mosqueteros ingleses aprovecharon el apoyo de la caballería y de las piezas de artillería para realizar un nuevo asalto a la posición fortificada. Los regimientos de infantería españoles no pudieron resistir el empuje enemigo y las tropas se retiraron desordenadamente mezclados entre las unidades de caballería enemigas. En su huida, el sargento Urquiza pudo ver como el flanco izquierdo aún se sostenía gracias a la caballería del Príncipe de Condé y pensó que, aunque aquellas cargas desesperadas les podrían dar tiempo para retirarse, los tercios de Flandes habían sido definitivamente derrotados.

Cuando llegaron las noticias de la catástrofe a la corte de Felipe IV los nobles y la mayor parte del Consejo de Estado empezaron a ser conscientes de que no era posible continuar la guerra contra Francia. España no podía atender los muchos frentes abiertos, no había medios para conseguir más dinero para las campañas, las derrotas en los últimos años se habían producido de forma constante y Francia había cerrado una alianza definitiva con Inglaterra. El 21 de agosto de 1658 un miembro del Consejo de Estado presentó al Rey un documento solicitando la paz con Francia:

—“Señor, como V.M., más que con la fuerza de las razones lo puede echar de ver en los progresos de sus enemigos, en el último desconsuelo en que se hallan sus vasallos y en el mayor abogo con que de todas partes escriben a V.M. sus ministros... pensamos que es necesario así que a cualquier precio procure establecerse la paz”.

Felipe IV, con la mirada perdida por uno de los ventanales de palacio, como si desde allí estuviese contemplando los territorios de Flandes, se volvió apesadumbrado hacía su consejero.

—Hágase como parece —dijo a la vez que hacía un gesto con la mano para expresar su deseo de quedarse solo en la estancia.

Antes de acabar el año, el 25 de noviembre de 1658, se reunieron en Lyon el cardenal Mazzarino por parte francesa y el diplomático Don Antonio de Pimentel por parte española para esbozar los preliminares del tratado de paz. Los contactos se reanudaron más tarde en París. En las negociaciones, España se vería obligada a realizar multitud de concesiones, unas territoriales, algunas de otra índole, como el matrimonio de la infanta María Teresa de Austria, hija de Felipe IV, con Luís XIV. La principal idea del tratado era fijar definitivamente la frontera entre las dos potencias, y el rey Felipe IV, informado puntualmente del rumbo de las conversaciones por su embajador en París, vaciló desde el primer momento entre ceder a los franceses Flandes o la comarca del Rosellón.

Como consecuencia de las conversaciones, el 7 de mayo de 1659 se suspendieron las hostilidades entre las dos naciones. Poco después, el 4 de junio del mismo año, se firmó el tratado de paz preliminar, que recibió el nombre de Tratado de Paz de los Pirineos.

En ese mes de junio de 1659 Jaume Esteva apenas tenía quince años. Vivía en Llivia, un pequeño pueblo del Pirineo catalán. Había salido caminando hacia el bosque de Bolquera para recoger algunas plantas medicinales que su padre necesitaba en la farmacia que la familia regentaba en la pequeña localidad. Aunque era muy joven, él ya solía ayudar en la preparación de remedios curativos y ordenando los libros de medicinas y plantas que se guardaban en la biblioteca. Se detuvo a media ladera para contemplar los movimientos de algunos soldados que cabalgaban siguiendo el curso del río, en el fondo del valle. El movimiento de tropas no le sorprendía. Desde que nació estaba acostumbrado a la presencia de soldados españoles y franceses para combatir por las tierras en las que él vivía. Su padre le había contado que poco antes de él nacer se había producido en Barcelona una sublevación contra la corona española que arrastró a las zonas rurales, y que solamente el futuro podría determinar con certeza la importancia de aquellos sucesos. En aquella sublevación los catalanes buscaron el apoyo de Luis XIII, por eso el rey francés era conde de Barcelona y soberano de Cataluña. Sin embargo, entre sus amigos y sus vecinos, ni Francia ni los franceses gozaban de muchas simpatías, sobre todo después de haberles obligado a pagar un tributo para financiar la contienda contra Felipe IV. En cualquier caso, la guerra había supuesto para su familia la obligación de alojar y mantener continuamente a soldados franceses o españoles en su casa, y ahora, que desde Barcelona se decía que España y Francia estaban a punto de firmar la paz, Jaume Esteva se preguntaba con frecuencia cuál sería su futuro.

Desde la orilla del río Bidasoa, en Fuenterrabía, el sargento Alonso Urquiza observaba el trabajo de los carpinteros. Tras la derrota en las dunas de Dunquerque Don Juan José de Austria había regresado a España con parte de las tropas de Flandes, entre ellas, el Regimiento de infantería del sargento Urquiza. Eran los primeros días de agosto de 1659 y su unidad había pasado a prestar servicio de escolta en el séquito de Don Luis Méndez de Haro, valido del rey Felipe IV, en su viaje a la frontera para ratificar con el cardenal Mazzarino el acuerdo provisional de paz de París. España trataba de no quedar en un plano de inferioridad con los franceses en ninguno de los aspectos que rodearían la ceremonia, por eso, Don Luis de Haro se hizo acompañar por un séquito rico y numeroso en el que destacaban algunas personalidades de la Corte y las mejores unidades militares, entre ellas, los coraceros españoles con sus extraordinarios uniformes y monturas.

Las suspicacias entre las dos coronas llevaron a elegir la isla de los Faisanes como lugar neutral para la celebración de las reuniones. Un islote minúsculo en medio de un río fronterizo, un islote pobre y despoblado, sin jurisdicción, pretendido eternamente por las dos naciones que Alonso Urquiza contemplaba mientras hacía girar entre los dedos su viejo amuleto y miraba la meticulosidad con la que realizaban sus mediciones los maestros de obras, que tenían a su cargo a más de cien carpinteros. Trabajaban en la construcción de dos pasarelas iguales, una a cada lado, que permitirían el acceso a una barraca que se estaba construyendo en el centro de la isla y que debería estar a la misma distancia de Francia que de España. Se había ordenado que la barraca dispusiese de un salón de reuniones que se decoraría como los mejores salones de palacio. A ambos lados del salón principal cada nación dispondría para sus delegados de tres estancias simétricas. La intención era que ningún representante se sintiese más lejos o más cerca de su país que el otro. A veces Urquiza, vistiendo sus mejores galas para las rondas de guardia, pensaba que combatir tenía menos complicaciones que todos aquellos preparativos diplomáticos.

Tres meses después, el 7 de noviembre de 1659, un hombre avejentado, que vestía ropas oscuras, cruzaba con paso firme la pasarela que comunicaba la isla de los Faisanes con Fuenterrabía. Llevaba el sombrero bajo el brazo, se atusaba el frondoso bigote con la mano derecha y, a pesar de su rostro cansado, se podía adivinar en él una ligera mueca de satisfacción. Era Don Luis Méndez de Haro. Su secretario, Pedro Coloma le había preparado la tarde anterior la versión definitiva del tratado en castellano. Hugues de Lionne había hecho lo propio preparando la versión en francés para el cardenal Mazzarino. En la reunión de aquella mañana,

que hacía la número veinticuatro desde que se encontraron por primera vez en agosto, Don Luís de Haro y el Cardenal Mazzarino habían firmado el texto de Paz. El diplomático español caminaba satisfecho porque había conseguido ratificar la paz mejorando lo dispuesto en el tratado preliminar de París. España y Francia habían negociado en igualdad de condiciones y la dignidad de la corona española estaba a salvo. Tenía prisa por comunicárselo al rey Felipe IV y obtener el reconocimiento público del monarca por su buen hacer diplomático. Al caminar por la pasarela de madera iba ordenando mentalmente la forma en que expondría en su carta al rey los detalles para la ejecución del Tratado. El acuerdo matrimonial entre la infanta María Teresa con el rey Luís XIV era sin duda el aspecto principal sobre el que se asentaba el Tratado. La boda se celebraría cuanto antes y era necesario comenzar los preparativos sin pérdida de tiempo. Pero había otros aspectos que no se habían cerrado definitivamente, entre ellos el desarrollo de los artículos 42 y 43 del Tratado, que se referían a los límites de la frontera en el Pirineo catalán. Para cerrar la negociación cada nación nombraría a dos comisarios, y Luís de Haro, con el sonido de la madera crujiente bajo sus pies, pensaba en los hombres que propondría a su monarca.

Mientras tanto, la farmacia de la familia Esteva, en Llívia, se había convertido en un punto desde el que las noticias se propagaban con rapidez al resto de la región. A menudo se formaban corrillos de gente que acudía a la botica con la excusa de comprar remedios medicinales, pero la mayoría, junto a las hierbas curativas, encontraba en el local un lugar donde recabar noticias sobre el fin de la guerra. El padre de Jaume Esteva había adquirido la mayor parte de sus conocimientos a través de su trabajo como mancebo, tal y como estaba haciendo ahora su hijo, pero con el paso del tiempo se había integrado en una élite farmacéutica capaz de redactar sus propios escritos y se había convencido de que su formación continua se alimentaría gracias a la correspondencia fluida con otros profesionales del gremio. Pero en esas cartas que recibía, además de la descripción de los experimentos realizados con todo tipo de semillas y plantas, llegaban noticias que interesaban a todos los vecinos. Y entre esas noticias estaba el rumor de que en el Tratado de Paz España entregaría a Francia el Rosellón, el Conflent y la Cerdaña.

La columna de soldados atravesó el Puente del Diablo en Ceret. Los movimientos de las tropas francesas alrededor de la columna española habían sido constantes durante todo el camino, como si con su presencia hubieran querido manifestar que aquellas tierras ya eran dominio francés. Tras la escolta cabalgaban

los dos comisarios españoles nombrados por Don Luis de Haro para desarrollar el artículo 42 del Tratado de los Pirineos, que debería establecer los límites de la frontera entre Francia y España en el Pirineo Catalán. Los dos caballeros eran el Teniente del Tesorero Mayor del Reino, Don Miguel de Salvá i Vallgornera y el miembro del Consejo de Ciento, Don Josep Romeu i Ferrer, ambos catalanes, que en la sublevación de 1640 habían permanecido leales a la corona. Viajaban con un pequeño grupo de juristas y hombres de ciencias. Atravesaron las calles empedradas de Ceret bajo la presencia insultante de los soldados franceses. Comenzaba la época de las cerezas y los pequeños puestos de vendedores se extendían por las calles, llenos de colorido, hasta la plaza central. La comitiva llegó a la puerta del convento de los capuchinos, donde les esperaban los dos comisarios nombrados por el cardenal Mazzarino, Don Pedro de la Marca, arzobispo de Tolosa y Don Jacinto Serroni, obispo de Orange. Era el 22 de marzo de 1660.

Desde la firma del Tratado en la isla de los Faisanes se sospechaba que las dos versiones, la española y la francesa, estaban redactadas con tal ambigüedad que iban a dar lugar a hondas discrepancias: la española postulaba una solución histórica al problema con la idea de mantener los dominios que siempre habían estado bajo su jurisdicción, la versión francesa, basada en una solución racionalista y geométrica, pretendía trazar la frontera uniendo las crestas orográficas, lo que le aportaría unas grandes ventajas territoriales.

En menos de un mes, el 13 de abril de 1660, los comisarios rompieron las negociaciones y remitieron el resultado a Luis Méndez de Haro y al cardenal Mazzarino. El acuerdo, ante las ambiciosas pretensiones de Pedro de la Marca y la postura firme de Miguel de Salvá y Vallgornera, que defendía una interpretación historicista del artículo 42 del Tratado de los Pirineos, era inalcanzable.

Tan solo dos días después, el 15 de abril, el rey Felipe IV salía de la Corte acompañando a su hija, la infanta María Teresa de Austria para celebrar su boda con el rey Luis XIV, que tendría lugar en el mismo lugar en el que se había firmado el Tratado de Paz, la isla de los Faisanes. En el numeroso séquito real se integraban ministros, condes, marqueses, personajes de la corte, criados y pajes, guardias y escoltas, religiosos, profesionales de distintos gremios y una figura principal: Luis Méndez de Haro, que recibió la noticia de la ruptura de las conversaciones de Ceret en pleno viaje. Para el valido el desacuerdo era un gran contratiempo. Sospechaba que la interrupción de las negociaciones no era más que una maniobra del cardenal Mazzarino para retener algunas ciudades en contra de lo dispuesto en el tratado, entre ellas la Seo d'Urgell, y decidió adelantar su llegada a la frontera del río Bidasoa para entrevistarse nuevamente con Mazzarino.



El pabellón de reuniones había cambiado. Tras la firma del Tratado en el mes de noviembre, el Gran Aposentador de Palacio de Felipe IV, Don Diego de Velázquez, recibió el encargo de su decoración para la boda real. Don Luís Méndez de Haro atravesó las estancias españolas y se sobrecogió al entrar en la Sala de Visitas adornada por cuatro escenas del Apocalipsis y un cielo brocado blanco con flores de oro. Apenas tuvo tiempo de admirar su belleza. A los pocos instantes entró por la parte francesa, decorada con tapices alusivos a Aníbal y Escipión, el cardenal Mazzarino. El encuentro estuvo dominado por la antipatía entre los dos personajes, pero la presión de los dos reyes por celebrar la boda con todos los puntos del acuerdo cerrados aceleraron la negociación:

—Celebro el reencuentro con el representante de su Majestad Católica —dijo el cardenal exultante —aunque me apesadumbra veros con las mismas ropas oscuras de siempre —continuó en tono humillante y despreciativo.

—No deben ser las ropas las que sean claras, eminencia, sino el alma y las ideas —contestó altivo e insolente Don Luís de Haro.

Durante los días siguientes los dos plenipotenciarios dejaron al margen las argumentaciones históricas y geográficas para plantearse mutuas concesiones territoriales. Haro entregó el Conflent, Mazzarino renunció a Ribes y el Urgellet, a Bellver y a Puigcerdá, pero exigió a cambio parte de la Cerdaña con los valles del Carol y del Capcir.

El 31 de mayo se firmó un acuerdo que figuraría como aclaración del artículo 42 del Tratado de Paz. En él se establecía que la Cerdaña quedaba bajo jurisdicción española, salvo 33 aldeas de la parte norte del valle que deberían permitir la comunicación entre el Carol y el Capcir y que se determinarían en conversaciones posteriores. El pacto permitió continuar con la boda entre Luís XIV y la Infanta María Teresa, prevista para tres días más tarde, pero su firma suponía el tajo mortal que seccionaba Cataluña para siempre.

Solo dos meses más tarde, en agosto de 1660, dos sargentos de infantería entraron en la farmacia de la familia Esteva en Llivia. Estaban sudorosos, con barba de tres o cuatro días y aspecto fatigado. Llevaban casi un mes recorriendo la zona escoltando al comisario Miguel de Salvá y Vallgornera. Habían oído hablar de los remedios que se vendían en la farmacia de Llivia contra el cansancio y también buscaban alguna medicina para aliviar las ampollas de los pies. El hombre que les atendió les pidió que esperasen unos momentos y entró en el cuarto de la parte trasera. El sargento Alonso Urquiza continuó hablando con su compañero mientras



observaba como un joven ordenaba en los estantes unos preciosos albarelos de color azul y comprobaba metódicamente el contenido de unas cajas de madera policromada.

—Creo que estaremos aquí algún tiempo. El comisario es duro, no cede.

—Mejor aquí que en Flandes —contestó el otro, con la parquedad de los viejos soldados.

—Pero aquello era llano —replicó Urquiza torciendo la boca para forzar una sonrisa.

—Ya. Pero el comisario hace bien en no ceder. Los jodidos gabachos lo quieren todo. Por lo menos, que nos quedemos con Llívia, aunque no aparezca la maldita carta.

—O hay carta o no hay Llívia. Como no aparezca la carta del Emperador los franceses se la quedan. Parece mentira que no los conozcas —dijo Alonso Urquiza en voz baja a su compañero, como si quisiera hacerle partícipe de una confidencia.

Desde el mes de julio el comisario Miguel de Salvá se había reunido varias veces con el comisario francés, que volvía a ser el obispo de Orange, Jacinto Serroni, para desarrollar la ampliación del artículo 42 del Tratado de Paz de los Pirineos. Los franceses se habían encargado de divulgar que el Rosellón y el condado del Conflent habían quedado bajo su jurisdicción. En la Cerdaña no se conocía el alcance de lo pactado, aunque se afirmaba que Puigcerdá, que estaba tomada por las tropas españolas, seguiría perteneciendo a la corona de Felipe IV. Pero en Llívia y sus alrededores los movimientos de las unidades francesas eran continuos. Los vecinos de Llívia mostraban su animadversión ante los franceses y atendiendo a los rumores habían hecho llegar a Don Miguel de Salvá su deseo de seguir perteneciendo a España. El comisario catalán, conocedor de la zona y de lo significativo que sería mantener Llívia como respuesta a las amplias concesiones territoriales impuestas por los vencedores de la guerra, argumentó en las conversaciones con Serroni que en el tratado se había acordado la cesión de treinta y tres aldeas, y que Llívia era considerada villa, por lo que no se podía incluir entre los pueblos que eran objeto de la demanda francesa. Pero la argumentación era indemostrable.

Jaime Esteva escuchaba atentamente a los dos sargentos mientras ordenaba los tarros de botica de los estantes. Lo hacía cuidadosamente, procurando que los tarros no se golpearan, y su trabajo le servía para mantenerse en silencio cerca de los dos hombres. La última frase que había escuchado le estremeció. Esperó a que

llegase su padre de la trastienda, y cuando los militares estaban a punto de salir, se atrevió a decir:

—Disculpen vuestras mercedes. Yo sé dónde está la carta.

Los hombres se miraron desconcertados. No habían prestado atención al muchacho y habían cometido una indiscreción grave. No esperaban que el joven les pudiese oír ni entender. Clavaron los ojos en el adulto, desafiantes, como intentando demostrar que no estaban allí para que les gastasen bromas, pero el hombre se mantuvo firme.

—Seguramente mi hijo dice la verdad.

Los dos hombres dieron un paso hacia adelante, llevaron la mano al puño de la espada en un gesto habitual de los soldados veteranos al sentirse desconcertados y se quedaron plantados ante el muchacho entre desafiantes y curiosos.

—Está en un arcón de la iglesia, en un libro de cubiertas de madera forradas de piel y adornadas con cinco clavos dorados. De vez en cuando deposito en él algunos documentos de la farmacia y me quedo leyendo los libros que hay dentro.

El 12 de noviembre de 1660 los dos comisarios firmaron el Tratado de Llívia, Don Miguel de Salvá había presentado durante las negociaciones el documento que le había facilitado uno de los sargentos de su escolta. En el documento, sellado por Carlos V en 1528, se hacía constar que el Emperador, habiendo recalado en Llivia, concedía a la localidad la condición de villa. Las conversaciones habían durado cerca de cuatro meses, pero el Tratado de los Pirineos quedaba definitivamente cerrado, y Cataluña, con ello, mutilada, aunque el tesón de Miguel de Salvá consiguió mantener Llivia bajo la jurisdicción de la corona de Felipe IV. Tras la firma, con unas ojeras profundas debidas al cansancio de los viajes para reconocer las aldeas y la tensión de las negociaciones, el comisario ordenó que se diese lectura al Tratado desde la torre de Bernat de So, quizás para saborear con deleite su éxito político o quizás para comunicar de inmediato a los vecinos de Llívia que la villa continuaba bajo jurisdicción española:

*“NOS Jacinto Serroni, Obispo de Orange, Consejero del Rey en su Consejo de Estado; y Don Miguel de Salvá y Vallgornera, Caballero de la Orden de Santiago, del Consejo de S. M. Católica en el Supremo de los Reinos de la Corona de Aragón, Comisarios diputados por las Majestades Cristianísima, y Católica para la ejecución del último Artículo hecho y firmado por los Señores Plenipotenciarios de Francia, y España en la Isla llamada de los Faisanes el día 31 de Mayo de este año de 1660, habiendo pasado à Cerdaña y juntándonos muchas veces, después de habernos comunicado respectivamente nuestros Poderes, y dado copia de ellos, y considerado todas las razones de una y otra parte; visto y reconocido todas las aldeas y sus términos, hemos resuelto, y*

*concluido, que las treinta y tres aldeas que deben quedar a S. M. Cristianísima en Cerdaña, en virtud del sobredicho Artículo, serán las siguientes:*

*Carol, con todo el Valle, cuyos lugares se contarán todos por dos; Enveig, con toda su montaña y jurisdicción, cuyos lugares se contarán también todos por dos; Ur, y Flori por uno; Vilanova, y Escaldas por uno; Dorras, Angustrina, Targazona, Palmaril, Egat, Odell, Via, Bolqueras, Vilars de Ovanza, Estavar, Bayanda, Sallagosa, Ro, Vedrinians, la Perxa, Ruet, Llo, Eyna, San Pere del Frocats, Santa Leocadia, y Lluç por uno; Er, Planes, Caldegas, y Onzes por uno; Navia, Ofeya, Palau, y Yx: todas las cuales sobredichas aldeas deben quedar a S. M. Cristianísima, con todas sus jurisdicciones, límites, y dependencias. (...)*

*Por lo que toca a Llívia, y su bailía, Nos los Comisarios diputados declaramos, que quedara enteramente a S. M. Católica. Y porque para ir de una aldea a otra de aquellas que quedan a S. M. Cristianísima, o para ir de Llívia a Puigcerdá, o de Puigcerdá a Llívia, puede suceder que sea preciso pasar por los términos de algunas aldeas de Francia, o por los de Llívia, o Puigcerdá; Nos los Comisarios diputados declaramos, que todas las mercaderías y géneros, de cualquier especie, que pasaren por los dichos términos, yendo por el Camino Real de Llívia a Puigcerdá, o de Puigcerdá a Llívia, o yendo de una aldea a otra de las que quedan a la Francia, no pagarán ningún derecho a los Oficiales Foráneos, o a otros Aduaneros, o a otros cualesquiera Recibidores de los derechos de ambos Reinos (...) Hecho, y concluido en Llívia a 12. de Noviembre de 1660”.*

El silencio se extendió como una sombra entre los vecinos de Llívia y de las poblaciones cercanas que escuchaban la lectura del documento. A partir de ese momento, unos serían españoles, otros, franceses.

Al día siguiente Don Miguel de Salvá se disponía a abandonar la ciudad por el camino de Puigcerdá. Tras él, Alonso Urquiza portaba su alabarda al frente de un grupo de soldados. Los llivienses se habían congregado en las calles para mostrar su gratitud al comisario. Al pasar frente a la farmacia el sargento Urquiza dirigió su vista hacia ella y descubrió al joven Jaume Esteva junto a su padre. El muchacho agitó el brazo y sonrió. El sargento Urquiza avanzó hacia él, se sacó del cuello el amuleto con la Cruz de Borgoña y se lo colgó a Jaume Esteva ante la mirada respetuosa de sus soldados.

—A mí siempre me ha traído suerte, pero creo que ahora tú lo necesitarás más que yo. ¡Cuida de él, muchacho!

Aquella mañana Jaume Esteva salió hacia el bosque de Bolquera. A media ladera se detuvo para contemplar el curso del río, en el fondo del valle. Se entristeció al pensar en sus amigos de Angoustrina, de Dorras y de Estavar y no comprendía que ellos fuesen ahora franceses y que Llívia se hubiese quedado rodeada en territorio francés, como una isla. Se tocó el medallón de nácar que le había dado Alonso

Urquiza y deslizó el dedo índice sobre el relieve de la Cruz de Borgoña. De sus ojos vidriosos se cayó una lágrima que se prendió como una perla húmeda y brillante en la hoja de roble que acababa de cortar. Entonces pensó que Llívia era como la lágrima que se mecía en la hoja, Llívia se había convertido en una lágrima húmeda y brillante sobre el fondo verde de la Cerdaña.

Manuel Pozo Gómez

Julio 2011